

Frente libertario

Madrid,
3 de julio
de 1937

Núm. 217

editado por el comité de defensa confederal ::: región centro

Lo sinuoso, característica de los comunistas

El pueblo conoce a los que entre grandes alharacas sólo prestan apoyo a sus propias posiciones partidistas, y a los que se revuelven contra lo que siempre defendieron, en el momento en que no se atiende a sus menores deseos

Todos los trabajadores españoles que hayan leído la Prensa del Partido Comunista, se encontrarán plenamente convencidos de que este Partido, en todo momento, en todas las contingencias, prestaría el apoyo más íntegro a las disposiciones que adoptase el Gobierno. Y que, además, encontraría en esas disposiciones la más justa de las posiciones de Frente Popular. Ellos lo habían dicho cientos de veces: fuera del Gobierno no hay nada digno y antifascista; fuera de las organizaciones que prestan al Gobierno el más íntegro de los apoyos sólo se encuentran los «troskistas», los fascistas embozados, los amigos encubiertos de Franco, Hitler y Mussolini.

Pero ha llegado un momento en el cual el Gobierno, mejor dicho, el camarada Prieto (al cual nada debemos ni nada nos debe) adopta una disposición que desde hace ya mucho tiempo, muchos meses, venimos preconizando en la Prensa confederal: el que en el Ejército popular no se haga la desmedida propaganda política que en él se venía realizando; que se moderen los afanes proselitistas (que por mucho que moleste a los camaradas comunistas han existido y en gran medida). Y entonces las disposiciones del Gobierno, que sigue siendo el mismo, que sigue siendo —y empleamos palabras de los comunistas— expresión auténtica del Frente Popular, ya son discutibles, ya merecen censuras, y ya hasta se atreven a hablar en su Prensa (en «El Sol» más concretamente) de concomitancias con los fascistas o poco menos. Así, pues, camarada Prieto, prepárate a que de un momento a otro te espeten el sambenito de «troskista» o algo parecido.

Y eso, camaradas comunistas, ya no va a convencer al pueblo español, demasiado cansado ya de vuestras bravatas y de vuestras propagandas montadas al aire. Vosotros en ningún momento habéis sabido ser consecuentes en vuestras posiciones, en el mismo momento en que el mantenerse en esas posiciones que anteriormente tan firmemente defendíais, puede acarrearos el menor de los perjuicios. Para vosotros un Gobierno, una disposición, una orientación, una fórmula, es buena tan sólo en cuanto os reporte ventajas. Y eso no puede ser.

La ley prohibiendo la propaganda política en el Ejército, era necesaria, altamente necesaria. Y vosotros, que medrábais a costa de esa propaganda furiosamente llevada a cabo, tenéis que verla con desagrado. Pero la inmensa mayoría de los luchadores antifascistas—la inmensa mayoría de los luchadores antifascistas, que no son comunistas precisamente—, tienen que recibirla con el agrado con que recibe el pueblo las disposiciones justas, las disposiciones beneficiosas y equitativas.

Y no vengáis hablando de las predicaciones con el ejemplo. Que tanto como vosotros, más que vosotros, han puesto en esta contienda todas las organizaciones obreras auténticamente tales. Y, además, lo han hecho sin pregonar su sacrificio a bombo y platillos. Que es como el sacrificio tiene verdadero valor.

¿Qué hace tanto hombre armado en la retaguardia?

Se habla a diario de que es preciso que todos los hombres útiles aporten el mayor sacrificio posible, ya sea en vanguardia o retaguardia.

Esto, que nosotros vemos preciso y necesario a todo trance, no se ve, lamentablemente, convertido en una realidad, menoscabando de esta forma la buena marcha de esta cruel guerra que padecemos. También se dice, con los mismos resultados que en el caso anterior, que todas las armas largas deben ir al frente. Esto debiera ser, pero, por desgracia para todos, no lo es.

¿Puede decirse que falta hacen en los pueblos y ciudades alejados completamente de los frentes toda esa gran cantidad de fuerzas perfectamente armadas, mientras se están desplazando a un sinfín de hombres útiles en los trabajos del campo y otras profesiones para llevarlos a los frentes?

De esta manera no es como se gana la guerra; y por ello, nosotros exigimos que sea una realidad el que todos los hombres útiles presten un servicio activo de vanguardia o retaguardia, teniendo muy en cuenta que los servicios de retaguardia no deben ni tienen por qué ser otros que el trabajo productivo, pues para salvaguardar el orden en nuestra retaguardia se bastan y se sobran las organizaciones obreras, que en todo momento saben cuál es su lugar y saben resolverse sus problemas sin necesidad de las armas entre compañeros, hijos del pueblo trabajador. Y si esto es así, como hemos de convenir todos en que es, no nos podemos explicar de ninguna forma que haya en retaguardia un cúmulo de fuerzas bien pertrechadas de armamento, que, sin caer en exageración, entre asalto, batallones, escuadrones, etapas y otros, se podrían reunir unas cuantas Divisiones, que serían un obstáculo con el que tropezarían los invasores para poder tomar las plazas con la facilidad con que relativamente lo están haciendo.

Por todo ello, si de veras se quiere hacer una labor acendrada en favor de nuestra victoria, deben ser inmediatamente incorporadas a los frentes todas las fuerzas, exceptuando únicamente, en todo caso, las de carácter municipal.

Como una gota de agua a otra gota de agua

¿Vosotros habéis visto algo más grotesco, por lo contradictorio, que un burgués se llame cristiano y discípulo de Cristo? Sin embargo, así es. La burguesía, en general, se llama a sí misma la depositaria de la fe cristiana y de su moral. Cuando se discute con un católico apostólico romano a machamartillo y se le hace ver en las contradicciones, herejías, en que incurren los ricos y los curas, con respecto a lo que se refiere a la doctrina de Cristo, la cual condena la riqueza de unos y la pobreza extrema de otros y afirma que todos somos hermanos e iguales ante Dios, como un poseído, cegado por la pasión sectaria, dogmática, de la fe religiosa y haciendo la señal de la cruz o poniéndose la mano sobre ella, si la lleva consigo, se revuelve airado y te llama: ¡hereje! Y falta de razones para sostener su tesis, como argumento definitivo e indiscutible te dice: «Así lo dicen y lo mandan las sagradas escrituras».

Claro que luego se analizan las sagradas escrituras y se llega a la conclusión de que tiene razón, desde su punto de vista claro está, el que se llama ortodoxo, porque en especial en la Biblia tienen doble sentido todas las palabras. Está escrita en sentido hermético y exotérico, es decir: para uso de los autores, para los doctores y discípulos aventajados y para la «galería». La galería son la masa ayuna de cultura, a la que hay que inflamar de fe y de rebeldía. Sobre todo de fe, para que en determinados momentos que convenga a los exégetas esgrimirlos como una maza. Más claro: está escrita para guía de los que han de vivir de ella, que son los menos, y para embaucar a los que ¡jamás! han de tocar sus beneficios y que son los más. ¿Quién vive directamente de la Biblia y de todas las sagradas escrituras? Desde el Papa hasta el último cura de aldea. ¿Que son los que menos creen en ellas? ¿A quién han defendido siempre los que viven de las doctrinas cristianas? A los ricos, a los señores, a los poderosos, a los privilegiados en fin. ¿Argumentos? Sobran argumentos y se sacan de las mismas escrituras: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Total: que al César le pertenece todo y a Dios... la nada. Porque la nada es esa tontería que llaman el alma.

Así, como una gota a otra gota, se parecen los que se llaman marxistas a los católicos. Con un impudor que es insultante defienden a los pequeños propietarios; que son los fariseos y los escribas, porque no tienen más religión que su dinero; defienden a los políticos, que no son ni más ni menos que los príncipes y los sacerdotes antiguos; defienden al Estado, que no es ni más ni menos que el César en su manifestación más brutal, y atacan a los sindicatos y a las colectividades, que es atacar a los obreros mismos. Dicen que hay que hacer la revolución «popular» desde el Gobierno y... después de... ganar la guerra. Como si no supiéramos de sobra que, tanto la Iglesia como el Estado, como organismos que son, no tratan nada más que de manumitirse ellos, y, como es natural, para medrar ellos, tiene que ser a costa del hambre moral y material

de los demás. Se les contesta con textos escritos por el mismo Marx y entonces se salen por la tangente de que esa no es la «dialéctica marxista». Se les echa en cara su fariseísmo y entonces, faltos de argumentos racionales, poniéndose la mano sobre la hoz y el martillo o la estrella, dicen muy enérgicos: «somos marxistas-leninistas», como los otros dicen «somos católicos, apostólicos y romanos».

Pero veamos el fondo de la cuestión. Las sagradas escrituras de la religión de los esclavos (cristianismo), escritas después de Cristo por los que vieron un *modus vivendi* explotando la ignorancia, la miseria y la fe del pueblo, son el principio de las jerarquías teocráticas y son dualistas; es decir, que lo mismo valen para inflamar de fe y de rebeldía a las masas que para justificar las traiciones de los que viven de ellas. La dialéctica marxista (religión materialista moderna) se presta a lo mismo.

En resumidas cuentas, que, a poco que se analice, se llega a la conclusión de que los procedimientos de la Iglesia y del marxismo son idénticos en sus principios, sus profetas y apóstoles, en su forma y en su fondo. Ya dijo Liebknecht, que Marx es como la Biblia, que se interpreta en los sentidos más opuestos. Y eso debe ser verdad, porque el libro III del Capital es la negación del primero, como ha dicho Bhom-Rawrk. Y así vemos cómo hoy sus discípulos más exaltados hablan de populismo, de «hacer la revolución popular», cuando su profeta era enemigo mortal de Lassalle, el populista.

¿Marxismo? ¿Cristianismo? Si hemos de seguir tan esclavos como hasta aquí, sin más beneficio que la caridad del «hermano rico» o la del «camarada burgués», viendo cómo degluten a dos carrillos los «jefes queridos», como nuestros «ilustradísimos obispos», entonces yo digo que era preferible no haber salido del estado de protoplasma. No tardaremos en ver al tendero, al burgués, al burócrata oficial paseándose orondo y satisfecho con toda su familia, con sendos escapularios marxistas, dando una limosna al hambriento camarada.

Lo que va de ayer a hoy

De las memorias de un renegado

«...Estoy contra la hora legal. Yo no hago de ello una cuestión de política, de nacionalismo o de utilidad. En nombre del individualismo, yo marchó a la guerra contra el Estado. Si la rebelión contra la hora legal fuese la tentativa suprema de la rebelión del individuo contra la coerción del Estado, un rayo de esperanza descendería sobre mi alma de individualista exasperado. Abajo el Estado: el Estado de ayer, de hoy y de mañana; el Estado burgués y el Estado socialista...»

(Benito Mussolini.)

ORIENTACIONES

Razonemos sin chillar

La Revolución no es, como creen muchos, hacer cada cual lo que se le antoja. Si no queremos que muera sin honra y sin provecho, si no queremos resulte estéril el heroico proceder de nuestros combatientes, es necesario tener presente que libertad es una cosa y libertinaje otra muy distinta, y que la Revolución impone deberes, encontrándose entre ellos como primordiales: el de razonar y el de tener cultura.

Desde el principio de la guerra, triste es confesarlo, existen muchos compañeros que pretenden en todo momento, donde sea y por lo que sea, obtener la razón a fuerza de chillidos, y este defecto, tan censurable e impropio, debe corregirse, aunque por desgracia me parece casi imposible, dado lo extendido de tan mal hábito, de no ser que, del modo más rápido y eficaz, se implanten las sanciones que castiguen semejantes conductas.

Estamos convencidos de que algunos habitantes del pueblo español, no obedecen a la mayoría de las órdenes dictadas si no es por miedo u otra cosa parecida.

El chillar a toda hora y aun por la cosa más nimia, no sólo cuando hablamos y discutimos entre compañeros, sino al contestar a funcionarios, autoridades o superiores, encargados de advertirnos u ordenarnos el cumplimiento de alguna disposición, y arremeter a gritos contra ellos, sin tener la razón, exclusivamente porque nos da la gana y estamos amparados en un carnet de partido político o sindical, más que en cultura y mala intención, es hacerle el juego a nuestros enemigos, por aquello de «a río revuelto...».

El individuo que con buenos modos y principalmente con razones evidentes nos ruega algo que estamos obligados a realizar, y que al dirigirse a nosotros está cumpliendo con su deber o ejercitando un acto de ciudadanía, debe ser atendido, respetado y obedecido, pero nunca escandalizado.

Hoy el grito, más que afán, es una consigna para determinados individuos. «Tú chilla mucho y no te preocupes de nada más, que la razón se le da ahora al que más chilla». Como fácilmente comprenderéis, que se recomiende y se haga esto, no es admisible por ningún concepto, ya que, como dice el refrán castellano: «la razón no tiene más que un camino»; el que quiera buscar otro distinto, indudablemente, fracasará.

La razón, como diría el maestro Perogrullo, se tiene cuando se tiene, pero jamás por chillar más o menos. Calificativo de indeseable merece aquel que se crea que con sus gritos va a amilanar a quien cumple un deber a fin de que renuncie a ello por miedo al diálogo escandaloso.

De nada sirve en este momento histórico, tan cargado de dramatismo, se tienda al restablecimiento del derecho internacional, mejor dicho, al «establecimiento», ya que, como todos sabemos, éste se halla desconocido para nosotros en lo referente a los derechos que de aquél emanan; echemos si no una ligera mirada por el continente europeo, y sólo tenemos noticias de que existe, con respecto a las obligaciones, erróneamente llamadas así; por ejemplo, el alojamiento en todos los pabellones extranjeros residentes en nuestro territorio de un sin-

número de fascistas o para otras cosas semejantes; tampoco sirve de nada se tienda a la solidaridad del proletariado y que se derroche heroísmo en los frentes, si tanto en éstos como en la retaguardia sigue el individuo con sus sórdidos egoísmos y no cumple con su deber, no porque ignore cuál es éste o no sepa cumplirlo, no, sino por el firme propósito de no quererlo cumplir.

Es preciso que todos meditemos seriamente y reconozcamos que todos los actos que tienden a deprimir la moral pública deben ser castigados severamen-

te, y que nada desmoraliza más a la colectividad como ver que en cualquier asunto resulta triunfador, consiguiendo lo que se proponía, aquel individuo que en absoluto carecía de razón y a fuerza de chillidos y gritos eludió sus responsabilidades morales.

El fascismo pretende la destrucción de los partidos obreros y organizaciones sindicales y no cabe duda que cualquier pretexto que tenga para poner en pugna a los trabajadores, lo aprovechará gustoso. Las agresividades nos perjudican, pues causan escisiones en nuestras propias filas, y uno de los resortes que actualmente maneja es el de buscar la razón a fuerza de chillidos.

Otro letrado que debía hallarse grabado en todos nuestros locales es éste: «se prohíbe hablar a gritos», entre otras razones, puede ser que sólo saquemos de ello el que se entere el vecino de lo que no le interesa.

A los trabajadores y combatientes gallegos residentes en nuestra región

Era de suma necesidad que nosotros nos ocupásemos intensamente de la situación en que se desenvuelven por las tierras de Castilla los camaradas que, perteneciendo a otras Regionales, no pueden estar allí defendiendo la causa que a todos nos es común por haber sido aquélla presa de la acción del fascismo que, valiéndose de la traición de los militares y de los políticos que llamándose de izquierdas dejaron al pueblo completamente desarmado, la conquistaron para sí y para establecer el régimen de terror, del cual ya tenemos amplias pruebas.

Este deseo que hasta aquí no tuvo más trascendencia que el de serlo, se va a convertir en una realidad. Para ello, teniendo en cuenta que una de las Regionales, y quizás la que más se encuentra en esta situación es la gallega, vamos a organizar, con la urgencia que el caso requiere, una agrupación de carácter libertario que enlazará en su seno a todos los antifascistas gallegos que piensen de esta forma. Esta agrupación, que se titulará Agrupación de Gallegos Libertarios, residentes en Madrid, empezará su funcionamiento a partir de esta fecha, teniendo su domicilio social en la calle de Reforma Agraria, núm. 20, y dirigiendo todo cuanto escrito sea de necesidad a nombre de Manuel Salgado. Esta Agrupación, que nace en este momento crítico pero de sumo interés para los trabajadores todos, muy especialmente para aquellos que tienen a su tierra querida en manos del fascismo, tendrá como misión principal las siguientes determinaciones y atribuciones.

1.º Esta Agrupación tendrá la misión de llevar a cabo la acción de coordinar los esfuerzos de todos los camaradas gallegos que, pensando en esta noble idea, estén dispuestos a llegar hasta nosotros, para afianzar el triunfo de la causa antifascista y a la vez ser los precursores de la organización de un contingente de trabajadores de esta región, que sean los defensores de la misma cuando las determinaciones de la guerra estén más cerca de aquel suelo.

2.º Ella será la encargada de rodearse de lo necesario para tener al corriente a los camaradas gallegos residentes en nuestra región de todo cuanto por aquella región ocurra, como de todas las noticias que puedan recoger de aquellos que son compañeros probados antifascistas que han huído de la barbarie del fascismo.

3.º Ella será la encargada de defender a los compañeros que caen en manos de las fuerzas leales, unas veces prisioneros y otras evadidos, pues aun siendo lo que la primera parte determina, no es menos cierto que hay trabajadores que, deseados de salir del infierno de las hienas de Franco, se dejan caer prisioneros porque con ello han logrado estar entre sus hermanos y a la vez recoger la mano amiga que los acaricia. Para eso llevará a cabo una obra de fiscalización sobre su actuación social anterior a este movimiento.

4.º Ella también será la encargada de rodearse de lo necesario para poder llevar a cabo una acción de cultura que mejore la inteligencia de todos estos compañeros.

5.º Para que todos estos menesteres que más arriba apuntamos puedan tener una acción efectiva y real, se llevará a cabo la creación de un periódico semanal que sirva de orientación doctrinal e ideológica, más frecuente de todo lo que apuntamos.

6.º También la misma recogerá las iniciativas y sugerencias de todos sus asociados para llevar a cabo acciones de conjunto que beneficien a la situación de los compañeros que en la actualidad se encuentran bajo la bota del fascismo.

Esto es lo que ha de ser la Agrupación de Gallegos Libertarios residentes en Madrid, que estará orientada por compañeros de capacidad amplia en el orden social y que demostraron en todos los momentos su amor a la idea que el pueblo auténtico defiende y para la cual dieron todo cuanto hay que dar. Por lo tanto, esperamos que todos los compañeros que aún no se hallen inscritos a esta Agrupación, puedan hacerlo cuanto antes en beneficio de las ideas y de la guerra que estamos manteniendo contra la hiena fascista.

Sin más por el momento, quedamos vuestros y de la causa antifascista y libre.—Por la Comisión Organizadora.

Madrid, 23 de junio de 1937.



Los hombres al frente

Esta frase, tan sonora y repetida en los primeros momentos, ha venido a caer, en la conciencia de muchos, en el silencio más espantoso; si en lugar de frase se tratara de un ser humano, pensaríamos, ante determinados casos, que había sido enterrado en la necrópolis.

Con carácter de urgencia y necesidad debería volverse a repetir en todas partes y lugares la citada frase, incluso grabarse en numerosos edificios con caracteres de imprenta impresionantes en la mente del lector.

Nos encontramos ante la tremenda realidad, pero como tal cierta, de ver y oír cómo se generaliza en muchos individuos el deseo, que llevan a la práctica, de no acudir al puesto que les corresponde, en donde solamente está su sitio: EN EL FRENTE. Nuestra primera idea es quizás la de que, sin duda, y como consecuencia del tiempo que hace nos encontramos en esta enorme contienda, estos individuos se encuentran agotados de luchar en las trincheras y quieran, como cosa lógica, descansar algún tiempo para reponerse en beneficio de ellos y como recíproco nuestro; pero bien pronto, antes que nosotros queramos, podemos comprobar que estos hombres no vieron el frente más que en película.

Diariamente, en todos los sitios oficiales, llegan «nuestros compañeros» o «camaradas» a pedir de tal o cual único favor: que le proporcionen un trabajo de la índole que sea, pero EN LA RETAGUARDIA, alegando un sinnúmero de causas que podrían reducirse a ésta única: «no quiere ir al frente».

Si en lugar de oírle tal o cual jefe o político, le escuchara el combatiente que acaba de llegar de las trincheras, después de una durísima lucha y con exposición continua de su vida, seguramente le daría la contestación que se merece y que nosotros omitimos, pues suponemos que os la figuráis.

Si al primero que se hubiera expresado en semejantes términos, le hubieran respondido como se merecía, pronto hubiéramos concluido con estos «valientes luchadores». Ciertamente; si existen elementos indeseables, es porque «los buenos» lo toleran. Debemos arrancar de raíz «estos deseos», que cada día van acrecentándose en términos agudos; si no, ellos se encargarán de acabar con nosotros.

La mayoría de los trabajos de retaguardia podían ser realizados por mujeres, y a los que ocupan estos puestos obligarles a ir a su verdadero sitio.

Con buena voluntad y con ganas de trabajar, seguros estamos que, dada la índole de funciones que efectuarán, los resultados serán fructíferos. Vergüenza nos debía de dar que todavía continúan trabajando en hospitales, sanatorios, sindicatos, partidos, etc., etc., personas que, dado su estado físico y edad, admirablemente estarían con un fusil y no escribiendo sobres o limpiando habitaciones.

Si por un momento pudiéramos suprimir la retaguardia y acudir todos a los diferentes frentes, creemos que bien pronto concluiríamos con nuestros enemigos.

Ya estoy viendo la cara de sorpresa o la opinión de muchos, cuya solución, no sólo les disgusta, sino que les aterra; me refiero a los vividores de la guerra, a aquellos que la miraron desde el principio como un medio para encumbrarse, para adquirir galones y para vivir de un modo que jamás soñaron, ya que el trabajo, único medio que a los hombres debe retribuir según sus necesidades (mucho habría que hablar con respecto a este tema), nunca les habría situado en tal posición.

El combatiente no está peleando para mantener a «estos tipos»; si todos pensarán de idéntica manera, ¿quién peleará?

Y sin hombres, ¿podría existir la victoria?

La guerra no puede ser ganada más que con el esfuerzo de todos los antifascistas; la cooperación es el elemento básico para conseguir la victoria, sin ella no hay lucha posible.

Evidentemente que estamos con aquellos que dicen: la victoria no sólo se consigue en los frentes, es necesario obtenerla también en los hombres; mejor dicho, primeramente hemos de lograrla en ellos, después conseguiremos el deseado resultado. Esta victoria en hombres la obtendremos cuando desterramos el favoritismo, la vagancia, el egoísmo, el deseo de figurar y ostentar representaciones y otras múltiples cosas que todos conocemos.

Es necesario que despertemos la conciencia de aquellos que se llaman antifascistas, para enseñarles lo que tal significa, que ahora se demuestra con el deseo de que termine esta bélica contienda y para ello cooperar con su personalidad espiritual y material, y no sólo de palabra, sino con hechos.

Hay exceso de hombres en la retaguardia; por el contrario, en los frentes siempre conviene aumentar el número; estemos donde hagamos falta.

Si todos queremos atribuirnos derechos a la victoria, es preciso que todos trabajemos por conseguirla del modo más rápido posible, exponiendo, si es necesario, nuestra propia vida, en beneficio de lo principal: la victoria.

MAXIMA DE ESTOICO

«La nobleza del hombre procede de la virtud. Valgo más que tú, porque mi padre fue cónsul y, además, soy tribuno, y tú no eres nada». Vanas palabras, amigo. Si fuésemos dos caballos y me dijese: «Mi padre fue el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses», te contestaría: «Lo creo, pero corramos juntos». ¿No hay, asimismo, en el hombre algo que le es propio—como al caballo la velocidad—, algo por medio de lo cual puede conocerse su calidad y estimarse su verdadero valor? Y este algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia?... Muéstrame, pues, la ventaja que en todo esto me llevas; hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices sino que sabes rebuznar y dar coques, te contestaré que te envaneces de cualidades propias de un asno, pero no de un hombre.» (Epicteto.)

¡¡¡Trabajadores!!!

leed todas las mañanas

“Castilla Libre”

Talleres Socializados del S. U. I. G.